

**CEREMONIA DE CONMEMORACION DE LA LLEGADA EL GENERAL SAN  
MARTÍN A LA BAHIA DE ANCÓN (30 octubre de 1970)**

**DISCURSO DEL SEÑOR DOCTOR GUSTAVO PONS MUZZO  
MIEMBRO DE LA COMISIÓN NACIONAL DEL  
SESQUICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA\***

**Señor Prefecto del Departamento**

**Señor Representante del Ministerio de Marina**

**Señor Presidente de la Comisión Nacional del  
Sesquicentenario de la Independencia del Perú**

**y señores miembros de la misma**

**Señor Alcalde del Concejo Provincial de Lima**

**Señor Presidente del Instituto Sanmartiniano del Perú**

**Señor Presidente del Instituto Sanmartiniano de Ancón**

**Señoras y señores**

**Jóvenes alumnos**

En nombre de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú que me honró en pertenecer, me es grato hacer uso de la palabra en esta ocasión en que el Perú rinde su justiciero homenaje a la llegada de la Expedición Libertadora que comandara el Capitán General don José de San Martín. No voy a pronunciar un discurso de orden, sino tan solo hacer algunas reflexiones sobre la importancia de la obra sanmartiniana en el Perú.

**\*En: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Discursos pronunciados en actuaciones cívicas conmemorativas. I. Etapa Sanmartiniana. Lima, 1972. Págs. 51-57.**

---

Este texto se reedita en honor y recuerdo cariñoso al maestro e historiador Dr. Gustavo Pons Muzzo, mi padre. María Elsa Pons Muzzo Díaz.

(Sin fines comerciales)

La llegada de la Expedición Libertadora a la bahía de Paracas el 8 de setiembre de 1820 significa el momento en que la revolución peruana pasaba de la defensiva a la ofensiva. Desde hacía cuarenta años, por lo menos, los revolucionarios peruanos luchaban con tesón y patriotismo ejemplar, por tomar la ofensiva contra las fuerzas del Rey. En todos los intentos realizados, sea el Túpac Amaru en 1780, el de Aguilar y Ubalde en 1805, el de Francisco de Zela en Tacna en 1811, el de Crespo y Castillo en Huánuco en 1812, el nuevo intento de Paillardelle en Tacna en 1813 o el de los hermanos Angulo y Pumacahua en el Cuzco en 1814 y otros más, la ofensiva inicial, unas veces extensa y otras veces no, resultó contenida primero y derrotada después por las fuerzas del Rey. Ocurría que estas fuerzas realistas en el Perú eran las más poderosas de toda América y el esfuerzo a realizarse aquí tenía que ser mayor al de otros lugares del Continente. Pero este esfuerzo, quedó plenamente demostrado después de tan cruentos sacrificios, no lo podía realizar el pueblo peruano solo; necesitaba la colaboración de sus hermanos del Continente. Y esta colaboración que recibirá tendrá su reciprocidad, porque de la libertad del Perú dependía la libertad de otras naciones del Continente. Se necesitaba un esfuerzo común para un objetivo común, cuál era la independencia de América española y el triunfo de los sagrados ideales y eternos principios de la democracia política, soberanía popular y libre determinación de los pueblos. La llegada de la expedición sanmartiniana al suelo del poderoso Virreinato del Perú permitió aunar esfuerzos de hermanos en América por el triunfo de un objetivo común: fue un fraterno abrazo que se dieron los patriotas peruanos con los del movimiento emancipador argentino, que ya había ayudado al pueblo de Chile a conseguir su libertad. Significa también la continuación de la trayectoria victoriosa de la corriente libertadora del sur hacia el centro de la América meridional española, siguiendo la meta trazada por la genial estrategia sanmartiniana. Según sus más connotados biógrafos San Martín era un experto jugador de ajedrez y en la gran estrategia de la revolución que empezó a bosquejar en su cerebro genial desde que llegó a su patria de regreso de España o posiblemente en la Madre Patria desde el momento en que se decide por la causa de la revolución, fue que el jaque mate al Rey de España solo se le podía dar ocupando Lima. A las fuerzas del Rey había que encerrarlas y vencerlas en su propio reducto.

Esta empresa de esfuerzo común y colaboración recíproca, en que patriotas peruanos, argentinos y chilenos, enlazaron sus esfuerzos bajo la dirección del hombre genial para la realización de una empresa de objetivo común, debía tener su culminación por el esfuerzo propio del pueblo peruano. Nuestro pueblo, así como había colaborado en la medida de lo posible a la venida de San Martín, realizó también todo el esfuerzo que le fue posible y dio toda su colaboración para el triunfo final. En realidad, fuera de toda duda que San Martín encontró aquí ambiente propicio para el total triunfo del objetivo que se había propuesto. Ni el pueblo le fue adverso, ni le regateó su colaboración; todo lo contrario. San Martín encontró ambiente favorable y total colaboración. Tan seguro estaba San Martín de que el pueblo peruano deseaba la independencia y solo era necesario prestarle la ayuda material para que manifestara sus íntimos sentimientos, es que dentro de la estrategia sanmartiniana no estuvo el de dar aquí una gran batalla contra las poderosas fuerzas del Rey. En Pisco, después del fracaso de las conferencias de Miraflores en que se esforzó para que el Virrey reconociera la realidad que afrontaba y cuyo desenlace no admitía dudas, envió al interior central del país la expedición del

general Arenales, no con fuerzas suficientes para vencer a las tropas que el Virrey tenía en la sierra, sino con las necesarias para dar oportunidad a que los pueblos manifestasen libremente su voluntad frente a la independencia. ¿Y cuál fue el resultado de esta expedición de Arenales? Bien lo sabemos. Dio oportunidad para que los pueblos de Ica, Huamanga, Huancayo, Jauja, Tarma, Huánuco y otros en jornada totalmente espontánea fueran los primeros en proclamar su independencia de España. Esto quiere decir bien claramente que el pueblo peruano estaba decididamente por la independencia. Para completar la acción de Arenales y tender un cerco, más que de fuerza militar, de fuerza psicológica, en torno a la capital, se embarcó en Pisco en los últimos días de octubre rumbo al norte para continuar, con la decidida ayuda del pueblo peruano, su batalla blanca por la ocupación de la poderosa capital del Virreinato. No quería entrar a Lima como vencedor, con el derecho que le da el triunfo de las armas, quería entrar llamado por el propio pueblo peruano, como resultado del triunfo de su voluntad de independencia y del libre ejercicio de la soberanía popular, como realmente ocurrió.

El 29 de octubre de 1820 el pueblo de Lima y Callao contempló seguramente con alborozo sin límites que lindaba con lo inimaginable y también con estupor en el sector español, la presencia de la escuadra libertadora en la bahía del Callao. También en el cuartel realista la sensación, según varios documentos fue el desconcierto. Pero si queremos sacar reflexión de este hecho tan extraordinario, diremos que la presencia ya no solo de la escuadra sino de la expedición libertadora en aguas de la bahía del principal puerto del Virreinato, frente a las imponentes defensas del Real Felipe, símbolo del poderío realista en el Virreinato del Perú y de América, era un desafío inusitado, que en buena cuenta significaba que la corriente libertadora del Sur, la corriente sanmartiniana en su plan ofensivo por primera vez en América, llegaba a tocar las puertas del poderoso Virreinato con posibilidades de triunfo final. El alto comando realista observaba, desde el campamento de Aznapuquio, el formidable espectáculo de 8 buques de guerra en posición de combate, y detrás en correcta formación 17 buques transportes presentando a su bordo, formados y con uniformes de gala, a los soldados del ejército libertador listos para desembarcar en algunos de los sitios señalados por los patriotas peruanos. Seguramente que en el puente de mando de la nave capitana, el capitán general don José de San Martín contemplaría con sus anteojos de campaña a lo lejos, la ciudad de Lima, meta de sus aspiraciones y a la que desde 1811 había querido venir, pues en ese año había solicitado al ejército español su pase a la ciudad capital del Virreinato del Perú.

Se dice por algunos historiadores que la presencia de la escuadra libertadora en la bahía del Callao estuvo conectada con algún plan de los patriotas limeños, a cuya cabeza estaba don José de la Riva Agüero, a quien se le ha llamado con toda justicia “la figura epónima de las conspiraciones limeñas”, indiscutible prócer de nuestra historia y a quien todavía el Perú no le ha hecho justicia. Se sospecha que este plan tenía como objetivo la captura sorpresiva de las fortalezas del Real Felipe, operación patriótica que sería secundada en el momento oportuno por los cañones y la tropa de la expedición libertadora. En una carta escrita desde Pisco a O’Higgins, momento antes de marchar al norte, San Martín le dice: “No se ha perdido el tiempo que hemos estado en Pisco. Mis relaciones con Lima las he asegurado en términos que el día menos pensado

puedan darle un mal rato al enemigo. Si no tenemos algún contraste que no esté en la previsión humana, muy en breve veremos recompensado nuestros trabajos con la libertad del Perú”. Pero nada ocurrió porque parece que el Virrey Pezuela tuvo noticia oportuna de lo que iba a suceder y tomo las necesarias precauciones.

Después de permanecer un día en la bahía del Callao, la expedición siguió rumbo al norte y en la tarde del 30 de octubre de 1820, hace pues exactamente 150 años, se presentaba en la bahía que en estos momentos contemplamos. Es día no desembarcó el gran capitán. El día siguiente, el 31 de octubre, envió a tierra una partida de 50 infantes y 20 jinetes al mando del teniente Pedro Raulet que avanzó hacia el camino de Piedras Gordas y la cuesta de Lima hasta la hacienda Copacabana. Luego de observar el camino de Chancay a Lima y de batir a una partida de caballería realista, regresó a su base ante la presencia de 200 infantes y 50 jinetes que venían de Lima, el jueves 2 de noviembre. Según se apunta en el Boletín del Ejército Libertador, ese mismo día “el General en Jefe hizo un reconocimiento a la posición” el día 3 mandó desembarcar un destacamento al mando del mayor Andrés Reyes, destacamento compuesto por 40 caballos a órdenes del mayor Brandsen y 200 jinetes a órdenes de los capitanes Crespo y Suárez. El día 4 en la noche el mayor Reyes tomó Chancay donde con la colaboración de los patriotas del lugar, requisó víveres, caballos, mulas y reses para conducirlos a Supe y esperar la llegada del ejército libertador.

Mientras esto ocurría San Martín se disponía a proseguir la estrategia de su campaña, que con el esfuerzo cívico del pueblo peruano daría como resultado, primero, la independencia de toda la costa norte hasta Guayaquil y luego la ocupación pacífica de Lima con su consecuencia inmediata, la declaración y la proclamación de la independencia del Perú. En esta etapa de la revolución peruana tuvo destacada actuación el noble criollo José Bernardo Tagle, Marqués de Torre Tagle otro prócer peruano a quien todavía no se le ha hecho la debida justicia. Después de proclamar nuestra independencia, el propósito de San Martín fue el de obtener la completa victoria sobre las fuerzas realistas y dejar al Perú totalmente libre, pero el destino le fue cruel y no le permitió completar su gran obra de redención de los pueblos de América, porque no consiguió la ayuda que esperaba del norte; y silenciosamente abandonó las playas del Perú adonde había llegado como el primer abanderado de la ofensiva final de la revolución americana.

Bueno es detenerse unos momentos en el diario quehacer de la vida de los pueblos, para reflexionar sobre los hechos de su historia. Las acciones de armas como la que estamos celebrando en estos momentos, tienen su justificación siempre que ellas estén dirigidas a luchar por la vigencia de principios e ideales que enaltezcan y dignifiquen al ser humano en su lucha siempre nueva y siempre vieja por una vida mejor contra los que detentan el poder contra los derechos del pueblo. El llegar el general San Martín al Perú frente de la expedición libertadora no viene para esclavizar pueblos, ni para recortar sus derechos, tampoco para imponer caprichos, ni satisfacer vanidades personales, ni menos guiado por el odio o la pasión. Lo que enaltece a la corriente libertadora del Sur es que desde sus orígenes enarbóla la bandera del respeto a la soberanía popular, a la libre elección de sus gobiernos y a su no interferencia en los problemas territoriales. Tal declaración de principios se encuentra en las instrucciones del Supremo Director de las Provincias Unidas

don Juan Martín de Pueyrredón a San Martín para la liberación de la Capitanía General de Chile. De acuerdo con estas solemnes declaraciones y con sus más íntimos sentimientos San Martín sale de Mendoza para libertar pueblos y para proclamar la vigencia de los principios eternos de la democracia política, la soberanía popular y la libre determinación de los pueblos.

Jamás le interesó la política partidista. En Buenos Aires, como en Tucumán o en Cuyo, nunca intervino en las luchas partidistas de política interna que entonces dividían a los argentinos y que hacían perder a sus gobernantes, a veces, la visión grandiosa de objetivo final de la revolución. Cuando da la libertad a Chile rechaza el gobierno que los chilenos le ofrecían, y de acuerdo con Pueyrredón, cede el paso al prócer chileno don Bernardo O'Higgins. Al llegar al Perú asume en Pisco momentáneamente el poder supremo "por imperio de las circunstancias" pero ofreciendo solemnemente al pueblo del Perú, dejar el poder cuando considerara terminada su acción militar. Esta autoridad la ejerció por lapso de dos años, pero sin cometer ningún exceso que lesionara la dignidad del pueblo que gobernara, porque comprendía que, de hacerlo, se lesionaría a él mismo. Muchas veces fue tildado de débil, más nunca de fuerte, ni mucho menos de déspota. Nunca impuso su autoridad por la fuerza, aunque representara la fuerza, la tuviera en sus manos y la ejecutara. No tenía condiciones para ser dictador ni tirano. Solo tenía fibra humana para ser Libertador de los pueblos de América. Al dejar el gobierno del Perú Independiente el 20 de septiembre de 1822 ante el Congreso Soberano, dijo: "Mis promesas para con los pueblos que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos ... En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas, como en lo general de las cosas dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán su verdadero fallo".

Así ha sido. El Perú ya ha dado su verdadero fallo sobre la obra del Gran Americano. Los hermosos monumentos que se han levantado en el Perú para honrar su memoria y enaltecer su obra, la espontaneidad con que surgen en el Perú las asociaciones sanmartinianas y el juicio sereno de su historia son manifestaciones elocuentes del fallo definitivo de nuestro pueblo, puesto ahora de manifiesto una vez más y en forma abrumadora, con ocasión del sesquicentenario. En realidad, los peruanos nos sentimos orgullosos de su obra en el Perú y de los principios que proclamó al fundar la nacionalidad. Alguna vez he dicho que la celebración del sesquicentenario de nuestra independencia será magnífica oportunidad para que reflexionemos, si hemos enterrado a nuestros próceres en el Panteón del Parque Universitario con sus ideales y si hemos olvidado el mensaje de los libertadores, o si estos ideales y este mensaje han tenido o tendrán vigencia en nuestra vida republicana. La vigencia y el cumplimiento de los principios e ideales por los cuales ellos lucharon y murieron en beneficio de la libertad y bienestar de los pueblos de América, será la más excelsa corona de laureles que podamos colocar en el pedestal de gloria de los libertadores y de los próceres de la nacionalidad.